

César Casado de Pablos, arquitecto

Consideraciones previas sobre su arquitectura y la ciudad de Talavera (II parte).

PABLO ANAYA FERRERO

es arquitecto

Q

UE LOS OBJETIVOS PRIORITARIOS DEL ensanche son, por una parte, la creación de esa ciudad nueva, rentable y sin riesgos en su construcción, independiente y yuxtapuesta, se evidencia en la voluntad de ruptura con las pautas morfológicas según las cuales se había configurado la ciudad anterior (rechazada como incapaz de satisfacer las nuevas necesidades), ruptura especialmente manifestada en la buscada continuidad de los viarios respectivos, dando lugar a unos espacios-colchón, de límites imprecisos, que a duras penas son capaces de amortiguar las diferencias (Avda. de Toledo y Juan Carlos I), y por otra, que este ámbito, fundamentalmente residencial burgués, sea el ámbito total de la ciudad, aquél que representa y sintetiza todas sus partes, de tal forma que la industria, los ferrocarriles o la residencia proletaria, aun siendo componentes estructurales de aquella sociedad, serán o segregados o, en cualquier caso, no recogidos con igual fuerza en el diseño de la ciudad como elementos propios de la misma.

Características todas ellas, tal como puede deducirse de los eventuales comentarios introducidos en los párrafos anteriores, fácilmente reconocibles en nuestro Ensanche Ferial, catalogable en función de los habitantes de Talavera en

URBANISMO

Foto: Fernando Luján y Alberto Urriaga



el momento de ser proyectado como “ensanche menor”, que suele asignarse a las ampliaciones de ciudades de entre diez mil y treinta mil habitantes, y del que podemos destacar las siguientes peculiaridades:

- Frente al carácter de fragmentos urbanos internamente homogéneos, ajenos e indiferentes a su entorno e independientes de él, propio de todos los ensanches, el nuestro presenta un rasgo predominante al que se subordinan las restantes decisiones de diseño: su condición de espacio rectangular adosado por el lado mayor a la carretera de Madrid, frente al Prado, convertida así en foco o referencia longitudinal de todo el proyecto. En efecto, su malla viaria ortogonal se estructura en calles longitudinales y transversales, respectivamente paralelas y perpendiculares a la Avda. de Madrid, dando lugar a manzanas rectangulares, semejantes al rectángulo global del ensanche, que en su lado mayor paralelo a dicha avenida, y algunas, las interiores, tan alargadas (con una proporción de casi 3:1 entre sus lados), manifiestan claramente la voluntad anisótropa de esta organización, que al dar prioridad a una de las dos direcciones, la longitudinal paralela a la Avda, casi coincidente con la Este-Oeste, permite que las fachadas de los edificios dispuestos en los solares del lado mayor de cada manzana rectangular, las de aquellos dispuestos con vistas frente al Prado, se orienten hacia el Sur, la más favorable a las características climáticas de Talavera, con un buen soleamiento en invierno y una fácil protección del alto sol de verano mediante las típicas terrazas-parasol de D. César Casado. Las consecuencias de esta disposición son evidentes; por una parte jerarquiza el valor de

los solares de cada manzana en función de su localización geométrica en los distintos lados del rectángulo, máximo en los orientados hacia el Sur, mirando al Prado, aunque esto último de efectos más psicológicos que reales, menor en los del lado opuesto, al Norte (no tan desfavorable por la pequeña inclinación hacia el Este), y neutra en la de los pequeños laterales, con apenas un solar entre los de esquina, para los que tan adecuados resultan los típicos miradores de D. César, que permiten vistas laterales hacia la vegetación de los jardines del fondo de esas vías transversales, hacia las que se abren; por otra, convierte las calles en líneas de un diagrama cartesiano de valoración de solares: las longitudinales, principales vías de circulación que conectan el ensanche con el resto de la ciudad, serán, en su equidistancia al Prado, de valor homogéneo en su recorrido, aunque diferente según la orientación de sus aceras, y a su vez distinto entre ellas, en razón inversamente proporcional a su distancia a la avenida, y las transversales, vías de circulación secundaria, que con los jardines como fondo, potenciando esta orientación, manifiestan en su corto recorrido el fuerte gradiente de valor que hacia aquellos tienen las manzanas del Ensanche Ferial, tal como parece confirmar la presencia de sus edificios más notables: Tresku, Clínica Marazuela, vivienda de D. César y, sobre todo, las viviendas unifamiliares ajardinadas en primera línea frente al Prado, contrastando con la más alejada disposición de los sociales Bloques del Ayuntamiento.

En definitiva, los Jardines del Prado como “borde” verde cualificado del Ensanche, en una función equivalente a la de los Jardines del Retiro respecto a la

porción del ensanche madrileño, comprendida entre la Avda. Menéndez Pelayo y la del Dr. Esquerdo.

Ahora bien, si a mi juicio éstas fueron las intenciones que guiaron a D. César Casado al proyectar el ensanche, no es menos cierto que a lo largo de su fraccionaria construcción se han modificado de tal forma tanto las ordenanzas como las características de su entorno que, en el resultado final son difícilmente reconocibles aquellas primeras intenciones. Así, el potenciado tramo anejo de la Avda. de Pío XII, con la mayor concentración de toda Talavera en equipamiento educativo -Colegio "El Prado", Institutos "P. Juan de Mariana" y "Gabriel Alonso de Herrera", C.E.U.-, cultural -Casa de la Cultura-, y deportivo -campo de fútbol, piscina cubierta, polideportivo del instituto-, y con su acertada y unificadora arboleda; es capaz de equilibrar la tensión transversal hacia los ahora menos prestigiados Jardines del Prado, mientras que, por el contrario, pero curiosamente también en contradicción con aquellas primeras intenciones, las proyectadas vías longitudinales homogéneas, han experimentado una tensión cierta, reforzando la ya de por sí tendencia natural a la ciudad tradicional, desde los extremos más umbríos y desproporcionados, por sus elevadas y recientes construcciones junto a la Avda. de Juan Carlos I, hacia las más abiertas y soleadas zonas, de mejor proporción entre ancho de calle y las tres o cuatro plantas de sus primeros edificios de sus otros extremos junto a la Avda. de Toledo.

- El carácter unitario, sobre todo en algunas manzanas de las primeras fases de sus construcciones, característica ésta que si bien es propia de casi todos los ensanches por la regularidad de sus sola-

res y reglamentadas alturas, aquí se ve reforzada por la posibilidad de intervención masiva de un solo arquitecto, D. César Casado, por otra parte, de tan acusada personalidad en sus soluciones formales ya repetidamente citadas: terrazas, barandillas, mirasoles...

- Predominio de edificios con función básicamente residencial, los referidos de uso mixto, con sólo algún colegio o convento con iglesia, y total ausencia de espacios abiertos de uso público, como plazas o parques, o cerrados: mercados, teatros, cines, lo que evidencia su carácter de "ciudad servida" por un, ahora, suficientemente equipado entorno.

En consecuencia, el resultado final es el de un conjunto urbano agradable y bien diferenciado, con edificios de movidas y ajardinadas fachadas que definen calles soleadas y, en general, bien proporcionadas, en las que se percibe un ajetreo y vitalidad propios de la combinación acertada de abundante y disperso pequeño comercio, con oficinas y modestos talleres, de viviendas de lujo con otras de clase media y de tipo social, constituyendo así lo que podríamos calificar como maqueta o imagen en pequeño de la idea de "La Gran Talavera", imaginada por D. César Casado.

Finalmente, y sin ánimo de profundizar más allá del simple análisis superficial que nos permita identificar rasgos distintivos más evidentes, propongo al casco histórico como "fragmento" reseñable por excelencia, corazón y esencia de lo que es y ha sido la ciudad de Talavera, y cuyos límites coinciden con el primer recinto amurallado y sus burgos anexos en las dos sucesivas ampliaciones. A tal fin, y como elemento urbano preponderante de la imagen del casco, verdadera

línea de secuencia de su visión seriada, he seleccionado, entre otros muchos posibles e igualmente significativos, el “itinerario” que desde la Plaza del Reloj nos conduce a la Plaza del Pan, pasando por la de Villatoya y Juan de Mariana, esto es, aquél que nos lleva desde el centro cívico tradicional, la Plaza del Reloj, al centro político y administrativo de la ciudad -el Ayuntamiento- y religioso -la Colegial-, en la Plaza del Pan.

Frente a los fragmentos antes analizados, podemos enunciar las siguientes diferencias:

- El carácter sinuoso del recorrido, que contrasta con la rectitud de las vías de circulación actuales, evidenciando las diferencias, tanto de su origen como de las funciones que le son asignadas. Efectivamente, mientras que esas vías de circulación modernas, tal como veíamos al estudiar los ensanches, eran el resultado de una intervención pública previa, sin apenas otra función que la de procurar accesos equilibrados a las futuras construcciones, sin origen ni destino precisos, trazadas sobre un territorio teóricamente disponible hasta el infinito, el viario de este urbanismo histórico parece ser el resultado de una operación contraria, por la que en primer lugar surgiría, en un espacio acotado, generalmente amurallado, un conjunto más o menos disperso de edificios notables en su función, representación o significado (Palacio de Villatoya, Casino, Ayuntamiento, Colegial...), con una porción de espacio exterior adjunto, frente o alrededor de ellos, que como área de influencia sería proporcional a su categoría (Plaza de Villatoya, Juan de Mariana, del Pan...), conectados todos ellos por una red de caminos o vías orgánicamente definidos, de tal forma que al ma-

terializarse mediante un tejido gris, adosado a sus márgenes, de construcciones de viviendas y comercio o artesanía, de carácter subalterno respecto de aquéllos, y sirviéndose del flujo ciudadano para la exposición y venta de sus mercancías, darían lugar a esas calles cuyas sinuosidades, quiebros o retranqueos serían el resultado de adaptarse tanto a la disposición de aquellos edificios y plazas, como al trazado espontáneo y natural de los caminos de enlace. Que en este carácter prioritario de los edificios estaría el origen de nuestro urbanismo histórico, podría confirmarlo por una parte esa sensación fuertemente percibida en cualquier paseo, eventual o intencionado, de que todos los tramos del itinerario tienen un origen y un fin precisos, que enlazan espacios y/o edificios concretos, generalmente con carácter público -el Casino, El Teatro Victoria, el Ayuntamiento, la Colegial-, y por otra, el hecho altamente significativo y fácilmente detectable, de poder conocer no sólo la fachada sino también algo del volumen de estos edificios al mostrarnos, al menos, dos de sus caras (Palacio de Villatoya, Ayuntamiento), o incluso tres (Palacio de los Condes de la Oliva, Delegación de la Junta de Comunidades), pero sólo una de ellas tratada como fachada, es decir, no se trata de edificios en esquina construidos después del trazado de las calles y, en consecuencia, con un tratamiento equivalente de sus caras exentas, sino de edificios aislados a los que se han adosado construcciones posteriores y subalternas (éstas presentando sólo una cara, la fachada), que siguiendo los caminos, conectan unos con otros y definen estas calles peculiares.

- Las dimensiones modestas, pero

siempre proporcionadas entre ellas, de calles y edificios, reservando sus máximas posibilidades técnicas al servicio de los edificios comunitarios más significativos (la Colegial con su torre del campanario, Ayuntamiento), a los que corresponden espacios urbanos respectivamente más amplios, generando en el paseante que recorre sus itinerarios esa alternancia característica entre dilataciones de caminar reposado y toma de decisiones en los espacios abiertos y soleados de las plazas, seguidas de contracciones aceleradoras en las más angostas y umbrías calles, en un proceso que recuerda al movimiento forzado de un fluido a lo largo de un conducto de sección variable. Dicho esto, el itinerario propuesto es una buena muestra de tales experiencias, especialmente en el tránsito de la recoleta Plaza de Villatoya, que por pequeña que sea en sus dimensiones absolutas, al estar limitada por edificios de altura adecuada (a destacar la naturalidad, por muy moderno que sea, con que el Casino se inserta en este espacio), se percibe como una luminosa y arbolada dilatación espacial, sobre todo al compararla con el siguiente elemento constreñidor del itinerario, la calle del Teatro, estrecha, poco iluminada y con su suave curva cerrando vistas, de tal forma que al avanzar y sobrepasar un momento de leve pero cierta sensación claustrofóbica de cuello de botella, al abrirse, separándose en ángulo la fachada del Teatro Victoria, nos da paso a la -ahora- sentida como inmensa, ajardinada Plaza del Padre Juan de Mariana, alargándose por una parte hacia la entrada de Ayuntamiento y Bomberos, y conectándose espectacularmente en ángulo recto, por otra, con la esquina del Ayuntamiento como charnela, con la rectangular y

algo deslumbradora por su pavimento Plaza del Pan; culminando el recorrido en el, seguramente, punto más elevado de Talavera, intersección de los ejes de la Plaza y de la Colegial, foco u observatorio de perspectivas hacia el Puente de Hierro sobre el Tajo, en una de las escasas relaciones efectivas con el río de una ciudad que parece darle la espalda, punto éste materializado eficazmente en su verticalidad, juicios estéticos y de significados al margen, por el monumento de la Cruz de los Caídos.

- Frente a las actitudes más actuales ya citadas, de sustitución radical o de conservacionismo romántico, contradictorias pero en general igualmente dañinas para esos descritos valores del patrimonio urbano heredado, por destructiva una, y paralizante o nostálgica la otra, que incapaz de soportar aquellos destrozos, fija su mirada perdida en un indefinido pasado remoto, este recinto histórico se nos ofrece como lección de una idea de ciudad, como acumulación histórica de los esfuerzos y anhelos de las generaciones sucesivas que la han poblado de ejemplo de reutilización acertada, económica, del material heredado, pero siempre respetuosa con algunas de las leyes y estructuras urbanas antes enunciadas, de justo equilibrio entre permanencia y renovación, de adaptación a las nuevas necesidades, pero conservando los elementos esenciales que definen el carácter particular e inconfundible del lugar, de sentido común, en suma, aplicado a la ciudad entendida como un bien de disfrute social y no como un producto sometido a las modas y demás leyes del mercado. Así, la rectangular Plaza del Pan, al parecer construida sobre el antiguo Foro Romano, o la torre de remates renacentistas

como campanario de la gótica Colegial, o portadas renacentistas en edificios gotizantes, o las intervenciones de D. César, como el Casino, con sus espectaculares ventanales acristalados en voladizo, como los bulbosos miradores de esas otras viviendas en la C/ Toledo, insertadas con absoluto desparpajo y naturalidad, pero totalmente integradas en el conjunto al respetar la altura del mismo, evidenciando el derecho y la capacidad de la Arquitectura Moderna para intervenir, con todas sus consecuencias, en los cascos históricos.

Pero es quizás, en relación a la actitud adoptada frente a la muralla, donde mejor se refleja esa voluntad integradora, de reciclaje que diríamos ahora. En efecto, una vez superadas las circunstancias históricas que hacían necesaria la función defensiva de las murallas, con el recinto congestionado por la llegada masiva de siervos libres, artesanos y comerciantes atraídos por el prestigio creciente de las ciudades como idea de libertad, frente a la esclavitud del feudalismo rural (racionalidad construida frente a naturaleza irracional, ciudad-campo), por una parte, y la consolidación, en construcciones permanentes, de tiendas y viviendas de aquellos mercaderes ambulantes que ofertaban sus productos, excedentes de una recién mejorada economía, en mercadillos dispuestos a las puertas de dichas murallas, por otra, la acción de éstos y la presión de aquéllos provoca el crecimiento extramuros de la ciudad, con sus típicas plazas de mercado junto a las antiguas puertas (la plaza porticada del Reloj junto al Arco de San Pedro, puerta principal del recinto), de las que parten de una radiación de calles, consolidación de antiguos caminos. Características del

crecimiento radio-concéntrico de estos burgos de origen mercantil, con nombres alusivos a los gremios o actividades dominantes que las ocupan (C/ Cerería, C/ Mesones, C/ Carnicerías). Y todo ello sin destruir la obsoleta muralla, sino que en una operación de reutilización, adosan sus nuevas edificaciones a esa portentosa construcción, que así actúa como esqueleto recubierto de músculos (edificios), pero dando forma al organismo, y a veces manifestándose claramente al exterior en sus articulaciones (torres albarranas emergentes del caserío, como la del Cristo de los Mercaderes en la Corredera), siempre presente en su permanencia oculta, y que únicamente como horrible e inútil osamenta descarnada, podría ser de nuevo presentada dando muerte al ser-ciudad al que estructura. Véase si no el aspecto de encariecidos y aislados dientes, que en boca podrida de encías desdentadas, presentan algunas torres con sus fragmentos de muralla a medio recuperar (la de El Salvador y las de la C/ Charcón), al faltarles el empaste del caserío que las cimentaba.

Pero el de la muralla no es tanto un problema de estética como de funcionalidad urbana, y en este sentido, el caso de Talavera nada tiene que ver con el de, por ejemplo, Toledo y Avila, cuyas murallas encierran en su interior ciudades terminadas, completas, autosuficientes, tal como ocurriría si el referido recinto amurallado de Talavera se correspondiese con el del segundo y tercer recinto (ya desaparecidos casi íntegramente, con la Puerta de Sevilla y las torres de Cabeza del Moro y Plaza de Zamora como únicos vestigios del segundo), a lo largo de Alfares hasta la Puerta de Cuartos, y de aquí, por el Paseo Padre Juan de Mariana hasta



Foto: Fernando Luján y Alberto Uriaga

el río, que junto con la Avenida de Salvador Allende, frente al Prado, nos definen los límites de lo que entiendo como la verdadera ciudad histórica, completa, de Talavera, momento de máxima armonía y soldadura entre sus partes bien definidas, con el primer recinto amurallado como cabeza político-administrativa y religiosa de un cuerpo formado por los burgos y arrabales del segundo y tercer recinto, servidos todos ellos por la Plaza del Reloj, corazón cívico del que irradian las calles-arterias por las que fluyen sus habitantes-ciudadanos, conjunto éste aún reconocible en toda su integridad en ciertas colecciones fotográficas (Ruiz de Luna), y que con una política de conservación adecuada, de rehabilitación respetuosa, saneando aquí o reponiendo allí según convenga, nos habría permitido heredar un núcleo urbano habitable, con potencia y significación suficiente para convertirse

en referente de un previsible crecimiento futuro hacia sus afueras, equivalente en su función, diferencias aparte, a la del recinto amurallado, "la ciudad" de Toledo, en relación a sus recientes, higiénicos y ajardinados barrios extramuros, de circulación tan ordenada y tan anodinos como los de cualquier parte, pero dependientes y subordinados a aquélla, e incapaces aún de dañarla en su imagen poderosa, reforzada por la muralla que la circunda.

Pero no se trata de recuperar la muralla del segundo y tercer recinto, que ya no existe, sino la del primero, y la negativa consecuencia de esta operación parece evidente: la segregación de las dos partes complementarias de un mismo núcleo urbano. Y esto no es un supuesto futurible, de más o menos fácil previsión, sino un hecho que se puede constatar en estos momentos, al analizar el por otra parte agradable (pero insisto en que no

es un problema estético sino funcional), parque amurallado de la C/ Carnicerías, en el que ese mecanismo de segregación ya está puesto en marcha, reflejándose, por ejemplo, en el esfuerzo de concentración que cualquiera situado en la Plaza de Santa Leocadia, debe realizar para entender que, simplemente cruzando la C/ Carnicerías y apenas sobrepasando la muralla por la Cuesta de Pescaderías, nos encontraríamos en el Museo Ruiz de Luna, resultando por el contrario más espontáneo y natural el itinerario por el Arco de San Pedro, mucho más largo y tortuoso, pero acompañado por una edificación continua, sin rastro aparente de muralla.

En este punto, parece oportuna una mínima reflexión sobre la idea de muralla. Por una parte, entendida como muro o pared, separa cualitativamente los dos ámbitos que quedan a sus lados, protegiendo el considerado más valioso del otro más degradado o agresivo; por otra, desde el punto de vista defensivo ha sido entendida como límite “natural” construido por el hombre, obra de ingeniería estrictamente funcional que completa, allí donde es preciso, los accidentes geográficos de naturales propiedades defensivas, como ríos, peñascos, cortados, etc. Y es, precisamente, esta forma de entender la muralla como segunda naturaleza construida por el hombre, y no por negligencia o aberración cultural, lo que explicaría las actitudes aparentemente descuidadas con ella, en aquellas ciudades congestionadas que se ven presionadas a sobrepasar sus límites defensivos ya inútiles, dando lugar, en ciertos casos, a soluciones urbanas totalmente admirables, por su atrevimiento, su capacidad económica de reutilización o su sabiduría y sagacidad, como en el caso de Cuenca, escalando

con sus “casas colgantes” las escarpadas paredes de las Hoces del Huécar (y supongo que a ningún ecologista despistado se le ocurriría proponer su destrucción para recuperar la virginidad primigenia del terreno), o bien tomar los sillares de las murallas como “cantera” disponible a pie de obra (¿serían los desaparecidos paños del recinto del lado del río el origen de los muros de granito de San Prudencio y la Colegial?), u ocultándola parcialmente, como en el resto del primer recinto, cuando las técnicas de construcción tradicional no precisan derribar la muralla para utilizar sus piedras.

En este último sentido, la solución de la Plaza del Reloj fue ejemplar, tal como aún podemos comprobar en algunas de las magníficas fotografías realizadas por Ruiz de Luna a principios de siglo, concretamente en una tomada desde las ventanas de la primera o segunda planta del hoy desaparecido edificio de la Plaza, esquina a San Francisco. La elección por una parte de un punto de vista tan estratégicamente elevado que le permite dominar con mayor facilidad la rítmica repetición de ventanas abuhardilladas en los faldones de tejados de salientes aleros y suaves pendientes, así como obtener una perspectiva más amplia del pavimento empedrado y aceras enlosadas de la Plaza y la Corredera, y el cuidadoso encuadre, por otra, con el que consigue mostrar desde el arranque de la antigua torre del reloj en primer plano, toda la sucesión alternante de caserío y torres albaranas, que se desarrollaba hasta el Palenque, al fondo de la Corredera, en la Plaza del Salvador, apenas vislumbrado a través de una rendija entre la última de estas torres retratadas y los edificios de enfrente, a la derecha, que con su suave curva

marcan el comienzo de la Plaza del Reloj (dilatación, contracción, dilatación). Son ambas decisiones de composición fotográfica, a mi juicio, no casuales, a través de las que Ruiz de Luna, con esa sensibilidad familiar que les es propia, parece querer transmitirnos en este valioso documento visual, la singular relación, por todo lo dicho seguramente percibida por él, rica en contrastes y armonías, entre un pintoresco conjunto horizontal de frágiles edificios de tres plantas, de abundantes marquesinas, rótulos y anuncios que reflejan el carácter comercial del piso bajo, cuyas enfoscadas fachadas contiguas son regularmente perforadas por recercados balcones de barandillas metálicas, y las independientes torres albarranas que, con su cara exterior enrasada con las fachadas, emergen verticalmente entre ellas con su poderosa geometría paralelepípeda en mampostería ciega, desnuda, casi ciclópea en sus arranques, con la horizontal plataforma superior protegida por almenas, cuyo ritmo alternante sobre los muros laterales avanza perpendicularmente hacia la Corredera, contrastando con el ritmo similar, pero paralelo, de las ventanas abuhardilladas regularmente dispuestas sobre los faldones inclinados de las cubiertas en aquellos edificios. Complejo juego de relaciones que caracterizaría esta sabia superación del obstáculo "natural" de sus murallas y que le permitiría definir la ya descrita plaza porticada del reloj como un espacio abierto, de ajetreado movimiento peatonal, de aparentemente generosas dimensiones en su proporción y característica forma arriñonada, en abanico, con centro o charnela en la vertical torre del reloj, junto a la Puerta de San Pedro (seguramente sería exagerado, por mucho que forma y relación con un reloj

sean similares, compararla con la madrileña Puerta del Sol).

Ante tal cúmulo de valiosas relaciones urbanas expuestas, sólo mi incapacidad para explicarlas puede justificar el que alguien no las comprenda, ¿qué sentido puede tener plantearse el objetivo de recuperar las murallas?, ¿de qué murallas se trataría, de los restos romanos o de su reutilización o ampliación árabe?, ¿cuál es el criterio que fundamenta esta jerarquía histórica, por la que se desprecia un case-río burgués del XVI o XVII, no más necesitado de operaciones de saneamiento y rehabilitación que puedan estarlo las apreciadas fortificaciones defensivas sólo eficaces unos cuantos siglos antes? ¿No se tratará de camuflar con un cierto disfraz histórico-culturalista aquello que no sería sino una más, la última, de aquellas operaciones sistemáticas, venidas ya de lejos, por las que las fuerzas económicas dominantes, aprovechando el prestigio de los centros históricos, insertan en ellos sus nuevas funciones más representativas que generan, a su vez, nuevas necesidades, previstas o no, para las que dicho casco no está preparado, de tal forma que, acusado de incapaz por esos mismos interesados y por previsores agentes, se ve sometido a modificaciones, por otra parte, de gran rentabilidad inmobiliaria que, tratando de satisfacer aquéllas primeras, generan nuevas necesidades en un ininterrumpido proceso sin fin, no convergente, que terminaría con la desaparición definitiva de la ciudad histórica?

Pero en absoluto se está defendiendo la momificación de la ciudad heredada, opción ésta en contradicción con los ejemplos históricos expuestos, sino que, conociendo sus estructuras más profundas, aquellas permanencias esenciales

que cualifican y diferencian una ciudad, aprendiendo de las lecciones de su pasado, pero sin tratar de reproducirlas, siguiendo aquellas leyes generales del sentido común y de la economía de medios, las necesarias transformaciones que se realicen deberán satisfacer realmente los intereses de toda la comunidad, pero, eso sí, evitando siempre aquéllas consecuencias indeseables no previstas.

Efectos no deseados tan lamentables como la destrucción de la fotografiable espacialidad de la Plaza del Reloj, que al sustituir su caserío porticado por los más elevados edificios actuales, empequeñecen su espacio, y al insertar la isleta del Abeto (que no pino) Fértil, ha quedado convertida en una incierta mezcla entre ensanche de la C/ Carnicerías y “cul de sac” de la Corredera, efecto nocivo al que contribuye de forma decisiva el, por otra parte, magnífico edificio de Correos, tanto por su altura como por su disposición, ya que al reemplazar a aquellos edificios que definían la curva de transición entre calle y plaza, pero retranqueándose a su nueva alineación, aumenta el ancho de calle y disminuye el contraste con la empequeñecida plaza, o como también sucede con un edificio de D. César en la misma Corredera, sede comercial de una conocida firma de lanas local, que por su altura y proporción rivaliza con las torres albarranas, perturbando el efecto de contraste y alternancias antes descrito.

Pero en realidad, han sido de tal magnitud los destrozos provocados por esas tan desaprensivas como masivas intervenciones en nuestra ciudad histórica, tan poco queda de aquellos valores fotografiados que, en efecto, quizás sea mejor apoyar la inmediata recuperación de la muralla, con tal de que lo más rápida-

mente posible desaparezca en su totalidad, que no quede ni rastro, ni un solo vestigio de aquel caserío cuya existencia pudiera recordarnos, removiendo nuestras conciencias, lo que una vez fue esa ciudad “completa”, laboriosa y entrañable de Talavera y que la codicia y la estupidez conseguirán poco a poco aniquilar. Ahora, eso sí, en ese futuro no tan lejano, ¿deberíamos seguir llamando Talavera al lugar donde vivimos?

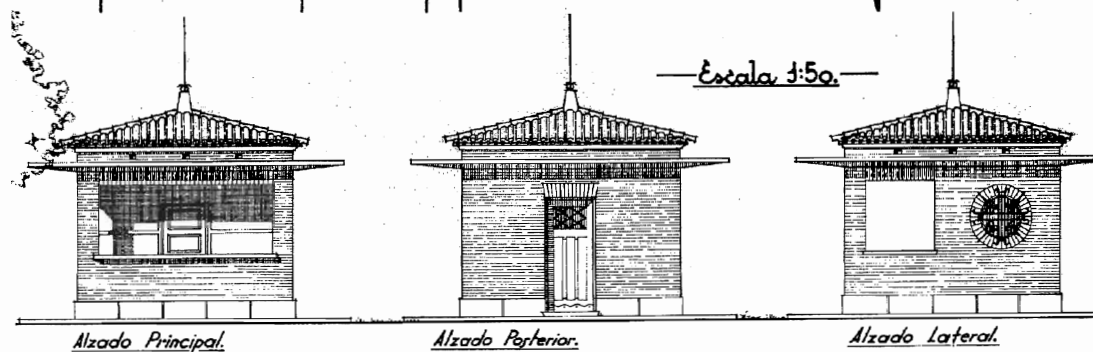
Por todo lo dicho, si bien es cierto que la ciudad ha sido una obra cimera de la Humanidad, no lo es menos que como nuestra experiencia diaria de ciudadanos nos permite comprobar, la actual realidad urbana es altamente insatisfactoria:

- Sistemática manipulación de los cascos históricos, con sectores potenciados como centros comerciales y de gestión (la C/ San Francisco como el Preciados talaverano), o deshabitados espacios museo-turísticos (Bernardas, San Agustín, San Prudencio), que con mala conciencia pretenden compensar el abandono y deterioro de otros menos afortunados, con sus mezclas destartadas de caserío tradicional y actuaciones recientes de ínfima calidad y desproporcionada altura, ausencia de pavimentación, etc.

- Crecimiento expansivo y zonificado de la ciudad, entendida como alojamiento, hacia la periferia y a lo largo de las vías de acceso, sin más criterios en su ordenación y en la distribución de servicios y equipamientos que el del valor del suelo y la importancia del destino de aquellas vías (distinto prestigio de los polos del eje Madrid-Extremadura).

- La calle, que de lugar de relación cívica por excelencia, verdadera ampliación urbana del espacio de vivienda, pasará a convertirse en peligroso canal de

Proyecto de Kiosco para Bar, propiedad de D. Dámaso Conde, en los Jardines del Prado.



circulación, en el que el ciudadano, a su vez, se transforma en urbanícola esquizofrénicamente escindido en su doble condición de peatón de aceras y pasos de cebrera, y amenazante piloto de la calzada.

- Zonificación, masificación, desarticulación en los servicios, acumulación en los usos... son los males que, ya detectados en la ciudad industrial del XIX, parecen reproducirse de forma generalizada en nuestras actuales urbes, posean o no aquel carácter.

No cabe duda que es en la especulación, en la idea de ciudad como negocio inmobiliario, donde podemos encontrar las causas principales de aquellas insatisfacciones.

La ciudad, pues, de promotores y constructores, de propietarios del suelo, del Capital en definitiva, y en la que, sin ánimo exculpatorio gremialista, los profesionales de la Arquitectura tienen un protagonismo más bien escaso, viendo reducido su papel a titulados con responsabilidad civil de las actuaciones de aquellos otros, con su real capacidad de manipulación selectiva, promueven.

Instalarse pues en los niveles de "confort", más o menos alienante, que les

brinda el sistema, o la marginación más radical, serán los dos polos extremos entre los que el "profesional" arquitecto desarrollará su actividad, en permanente lucha entre principios y posibilidades de actuación.

Mucho será, por tanto, el ingenio y capacidad profesional de aquellos arquitectos que, superando las adversas condiciones, quizás exageradas, antes descritas, son capaces de elaborar propuestas de tal brillantez que no sólo satisfagan las necesidades de promotores y usuarios, sino que, como verdaderos hitos urbanos, enriquezcan la imagen de la ciudad, hasta convertirlas en sus señas de identidad más características.

Tal sería el caso de varios de los edificios de D. César Casado, a cuya obra se dedica la ya citada publicación del Colegio de Arquitectos de Toledo, con fotografía, maquetación y textos de D. Fernando Luján Villarroel y D. Alberto Urriaga de Vivar Pecharromán y prólogo del presidente de dicho Colegio, D. Manuel G. Urriaga de Vivar, y que ha suscitado las reflexiones previas a esta reseña.

En relación a su cuidada presentación, cabe resaltar su agradable formato

rectangular apaisado (23x26), casi cuadrado, en cuadernillos de papel "couché", adecuado por su calidad y tamaño a su condición de soporte, fácilmente manejable, de la necesaria información gráfica, propia de este género de publicaciones. En este sentido, la calidad y abundancia de sus ilustraciones, es otro de sus aspectos más sobresalientes, tanto por las fotografías a color como, sobre todo, por las reproducciones de croquis, plantas, alzados, secciones y detalles originales, que por sí solos justifican esta publicación, como divulgación de verdaderos documentos sobre unos modos de proyectar, y en especial, de unas determinadas técnicas artesanales de delineación, que no por superadas dejan de mostrar su eficacia: aguadas, rotulación a plumilla, tiralíneas, grafismos de vegetación y personas, texturas de materiales y sombras...

Por último, las cubiertas del libro, en pasta blanda con solapas, tipo revista, es otro aspecto de su presentación que merece ser comentado en su condición de llamativo envoltorio, capaz de sugerir, de revelar más incluso que el propio contenido las características de la obra de D. César Casado. En efecto, sobre un fondo de intenso color amarillo cadmio oscuro se recorta, silueteada en azul ultramar, la fotografía de una de sus obras más emblemáticas, el edificio Márquez, en la esquina de la C/ del Prado, verdadero navío de proa enfilada hacia la "Tropical". Por una parte, dado el carácter de silueta de esta ilustración, despojada por tanto de cualquier accidente particular, constituye una imagen sintética, típica de cualquiera de los muchos edificios en esquina que proyectó.

Por otra, entiendo que de forma persistente, la visión de esta sugerente

ilustración nos trae a la memoria aquellos sorprendentes esbozos, apuntes de colorales arquitecturas imaginarias, visiones futuristas de fantásticas estructuras biomecánicas, muchos de ellos elaborados en plena campaña, durante la guerra del 14, por el arquitecto alemán de origen judío, Erich Mendelsohn, quien, con su segundo "expresionismo funcionalizado", representa la versión más retórica y formalista, pero, sin duda, también más espectacular del racionalismo alemán. Expresionismo que, aunque ignorado en el texto que nos ocupa, me parece el aspecto más destacable de la arquitectura de D. César, aquél en el que, a mi juicio, con más naturalidad parecen encajar las dos invariantes más fácilmente detectables en su obra:

- La formidable capacidad de impacto visual de sus edificios, sobre todo los de esquina, de extraordinaria potencia formal y minuciosidad en los detalles, que recuerdan no sólo algunas soluciones de Mendelsohn, sino también y sobre todo los de aquel exitoso arquitecto madrileño, afecto a la autarquía franquista y modelo y maestro de los arquitectos de posguerra, a quien de forma tan evidente emula y a veces supera nuestro arquitecto, por lo que no sería exagerado designar a D. César como el Luis Gutierrez Soto de Talavera.

- Cierta desaliño o descuido en la funcionalidad de sus distribuciones en planta (siempre según los cánones del movimiento moderno), consecuencia seguramente del excesivo volumen de encargos, como puede testimoniar la inmediatez de sus bocetos, facilidad profesional aparte, no revisados, incluso en aquellos casos de fragmentación de los solares, llevándose a cabo "partes" de aquel

proyecto inicial, tal como se comenta en el libro:

- Plantas como batería de habitaciones iguales, neutras, sólo distinguibles por el rótulo o mobiliario, indiferentes por tanto a sus funciones, aunque permitiendo un uso flexible de sus viviendas, criterio, en suma, más adecuado para edificios de usos repetitivos y equivalentes como hoteles (Talavera) o clínicas (Marazuela).

- Circulaciones tortuosas o inusualmente largas: entrada-cocina, cocina-comedor, etc.

- Dificultades de conexión entre espacios comunes (salón estar, comedor) y terrazas-patio, con frecuencia abiertos sólo a los dormitorios, reflejando una cierta disociación entre composición formal externa y distribución interior.

- Salón-estar de los edificios exentos en los patios inferiores de los Bloques del Ayuntamiento, convertidos en verdaderos distribuidores, con todas sus paredes perforadas por huecos que imposibilitan el amueblar razonablemente dicha pieza, solución sorprendente si se tiene en cuenta que se trata de un edificio de forma libremente adoptada, sin aparentes condicionantes externos.

- La singular formalización, en estos mismos Bloques, de sus tendedores-solanas (así llamados por D. César), junto a la cocina a la que sirven, como balcones propios del salón-estar, de tal forma que inducen a error a los autores del libro, en el comentario sobre la orientación de dichos bloques, pues escaleras y espacios sirvientes se disponen al Norte y Oeste, y no al Sur y Este, independientemente de alojarse, eso sí, en fachadas exteriores o interiores.

Por reseñar un solo aspecto que

confirma este “expresionismo formal” de D. César, baste citar su evidente voluntad de individualizar, de “expresar” claramente cada uno de sus elementos dentro del conjunto, desde la misma brutal inserción de sus edificios en el caserío existente, ajenos a su entorno, afirmando su poderosa individualidad o descomponiendo el edificio en tres partes bien diferenciadas, volando el cuerpo intermedio de vivienda sobre el inferior comercial y retranqueando el ático superior (basa, fuste, capitel), así como fraccionando el cuerpo volado de vivienda en un ritmo de alternancia horizontal entre luminosos salientes y sombreados retranqueos que podrían, aunque no suele ser éste el caso de D. César, corresponder a espacios funcionalmente distintos, o los mínimos pero evidentes resaltes de los forjados de las terrazas que así sobresalen ligeramente de la fachada, o recortando claramente los huecos de ventana sobre el muro, recercándolos de piedra artificial blanca, o sus cuidados detalles de molduras o gaterones que diferencian las distintas partes en sus encuentros o, por último, la misma llaga rehundida de su frecuente aparejo gótico-flamenco que permite distinguir cada uno de los ladrillos en sus alternativas posiciones de sogá y tizón. Edificios captadores de sol (luz-sombras) y espacio exterior (salientes, retranqueos, horizontales plataformas voladas de sus terrazas-patio), de imponente imagen, hasta cierto punto aterradora, como puede comprobarse en algunos de sus edificios deshabitados, al perder aquellos elementos más domésticos (jardineras vacías o con hierbajos, persianas rotas, etc.), que mitigaban ese efecto, confirmando, por otra parte, su condición expresionista al relacionarle -se me ocurre- con aquel cine

alemán del mismo nombre, que en los años treinta aterrorizaba con sus fantásticos juegos de luces y sombras y figuras monstruosas, fuertemente recortadas en espacios espectaculares por sus dimensiones, forma y sorprendente, por inusual, iluminación.

Continuando con la reseña del libro, después de la citada introducción de D. Manuel García Urriaga, en un apartado de título "La arquitectura de D. César Casado", los autores exponen, en un tono más bien laudatorio, como corresponde a este libro-homenaje, las características constructivas, compositivas y de distribución que entienden como más sobresalientes en la obra arquitectónica y urbanística de D. César.

El siguiente apartado, "Proyectos 1948-1988", constituye el núcleo central y más brillante del libro, en el que se pasa revista a algunos de los más interesantes proyectos de D. César que, cronológicamente ordenados, nos permiten seguir la evolución de su arquitectura desde unos comienzos ecléctico-academicistas en sus obras urbanas y de carácter folclórico regionalista en las rurales, pasando en los años 50-60 por el momento de máximo esplendor con sus obras de "expresionismo funcionalizado" antes reseñado, para terminar, después de la significativa ausencia de obras de los años 70 y 80, seguramente no consideradas relevantes por los autores, en una de sus últimas obras, en la Plaza del Salvador, edificio tan macizo y anodino que no es posible rastrear en él ninguno de aquellos carac-

teres que, veinticinco o treinta años antes cualificaban sus obras. Lamentable evolución regresiva cuyas claves pueden estar precisamente en esas obras escamoteadas en el libro, y que para un estudio más riguroso se hacen imprescindibles. Este apartado se estructura en unidades de una, dos o cuatro páginas, según la importancia de las obras, cada una de las cuales se presenta mediante la valiosa documentación fotográfica y planimétrica ya comentada, acompañados de un breve comentario, como corresponde a su carácter de catálogo imprescindible, aunque incompleto, de la obra de D. César.

Una obra de fotografías sobre distintas obras y detalles de D. César, anónimas y sin comentarios, constituye el último apartado que con el título "Miradores, Esquinas y Remates", cierra la edición de este libro.

Publicación de exquisita edición, merecido catálogo-homenaje, de entre cuyos evidentes valores yo destacaría el de su potencial carácter de PRE-TEXTO, entendido tanto en el sentido de texto previo o primera aproximación, como en el de excusa, justificación o, incluso, de oportunidad para profundizar en el análisis de la obra construida de D. César y su incidencia en la transformación de nuestro entorno urbano, y en este sentido me atrevo a proponer, no con carácter cerrado ni definitivo, los siguientes temas monográficos, a desarrollar en tiempo y lugar oportunos:

- D. César Casado y la arquitectura de posguerra.
- El funcionalismo de D. César Casado.
- D. Luis Gutiérrez Soto y D. César Casado.
- D. César Casado Y TALAVERA.
- El esnsanche.
- Las colonias obreras.